

# CUADERNOS

LERMO RAFAEL BALBI

3 CUENTOS



7



# CUADERNOS

LERMO RAFAEL BALBI

3 CUENTOS

7

COLABORACION DE LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL



### MARGARITA, ARMANDO Y SU GALLO

*Margarita Azcona:* Nacida en Corda, el 27 de enero de 1920. Su padre fue José María Azcona (inmigrante español) y su madre Enerina Costello, hija de inmigrantes italianos. Hizo hasta tercer grado, pero aprendió a leer muy bien en El Arca de Noé y le dedicó muchas horas a los cuentos de La Pampa Argentina que compraba su papá para leer El Fogón de las Tradiciones, pero ella prefería sobre todo el Para Ti que le prestaba la empleada de la estafeta. Sus primeros años fueron simples y sin altibajos, de un nivel elemental si se descuenta que alrededor de los catorce, o quizá algo antes, empezó a apasionarse por la cría de la Plymouht Rock, con la que quería alcanzar un promedio de 290 posturas por año. Todo terminó con la epidemia de diarrea y con una gran desilusión. Fue feliz en los momentos felices y lloró en los momentos tristes. Tuvo cuatro hermanos, todos varones y nunca los entendió: olían como animales, comían como cerdos y decían cosas que solamente hacían reír a ellos. A los ocho años la llevaron de urgencia a Santa Fe para operarla de apendicitis y, desde entonces, se sintió como si hubiera perdido algo secreto y bastante íntimo. Fue a muchos bailes de su pueblo y de pueblos vecinos. De vez en cuando ayudó en las tareas del tambo, pero José Azcona y Enerina Costello no le exigían mucho porque tenían la ayuda de los cuatro varones de la casa. Aprendió con su madre a hacer carpetitas de punto cruz y masitas de amoníaco. Una vecina de apellido Kreller, le enseñó a hacer tortas alemanas y un vecino —a los dieciséis años— le enseñó a desdeñar a ciertos hombres. Le costó demasiado desprenderse de la impresión desagradable que le causó un rudo chacarero que trató de seducirla



cierto atardecer cuando regresaba, cruzando las vías, de pedir prestado un pan a sus vecinos los Polletti. Le quedó por mucho tiempo la idea de que los hombres, en general, son como los toros: su función, arremeter y decidió que no se casaría como las otras. No sentía la menor intención de ser sojuzgada cuando a ellos se les antojara, ni le caían simpáticos los chicos: llorones, hambrientos y sucios de mocos. Pero a los veintidós años, fiesta del pueblo, San Esteban Rey, volvió el hijo de la Vica Strada que había estudiado comercio en Santa Fe y estaba trabajando allá. No le pareció brutal como los otros, tenía ropa buena y un bigote muy suave, delineado apenas en el lugar justo. Le gustó porque lo asociaba con los tranvías y algunas películas que había visto en el salón Mercurio (ella nunca supo que el de las cintas era John Gilbert). Lo de los tranvías le había quedado como un ensueño de ciudad inmensa desde que estuvo en Santa Fe por el apendicitis. La sacó a bailar y él le dijo que la reconocía (claro, se habían conocido de chicos en la escuela que dirigía doña Eliodet Longo), le dijo que también estaba muy linda, no parecía criada en Corda. Ningún hombre le había dicho antes que estaba muy linda. Él se quedó durante toda su licencia —cerca de dos semanas— y la fue a visitar. Algunas tardes se sentaron frente a la plaza en el despacho de bebida de los Bonzi y él tomó cerveza y ella cerveza con granadina. El hijo de la Vica la iba a buscar en el Ford A color lacre, de los abuelos. Cuando se fue, empezaron las cartas. Él pensó que Margarita tenía bastantes cosas que le gustaban como para pedirle que fuera su mujer y se casaron dos años después pasando por un noviazgo lindo y que solamente le pareció a Margarita un poco largo. Ella tenía veinticuatro años y él veinticinco. Se fueron a vivir a Santa Fe, pero algún tiempo después al hijo de la Vica, Strada se le presentó una oportunidad de progreso. Le ofrecieron otro puesto mejor pagado como subcontador en el frigorífico y se fueron a Rafaela nomás. Vivieron bastante felices.

*Armando Strada:* Nació en Nelson, el 15 de diciembre de 1919; su padre fue don Juan Luis Strada, aquel caudillo rural que consiguió colocar en la Casa de Gobierno al maestro del pueblo que tenía la suerte de estar casado con una linda mujer tremante de aspiraciones. Fue por el año 1920, ustedes deben recordarlo a causa de cierto aire de escándalo que envolvió el asunto, y por la huída de

la esposa de don Juan Luis a Corda llevándose a Armandito. El chico pasó unos cuantos años en la casa de los abuelos y se hizo de esa tierra como si en realidad hubiera nacido allí. Después, del cuarto grado en adelante, él fue mandado a Santa Fe, a la casa de un tío. Armandito terminó la escuela primaria, el comercial, se hizo hombre y se empleó en negocios diferentes. Fue un excelente empleado porque era hábil para la administración de los bienes ajenos sin quedarse con un solo centavo que no le perteneciera. A los veintitrés años conoció a Margarita, es decir —como contamos— la reconoció y la sintió hecha para él. En el fondo decidió que estaba amasada con la misma pasta seca, desconfiada y celosa de sí misma con que lo habían hecho a él. En pocos años Margarita colmó las esperanzas del muchacho y llegó a ser lo que deseaba de ella para completarle la vida. Le enseñó a no circunscribirse únicamente a las novelas del Para Ti y, en su lugar, interesarse por las noticias económicas que traían los diarios. Le enseñó a decir siempre sí para cuando sus requerimientos, a cocinar las palomas que a él le gustaban tanto y a limpiar los trajes con jabón de palo y bencina como lo hacía la madre.

—Nos vamos a vivir a un barrio de la costanera —le dijo—, y ella afirmó.

—Me voy a comprar un traje a rayas de color verde; las rayas dan calidad a la ropa y uno parece más elegante.

—Sí, sí, uno parece —dijo ella.

—Me propusieron un empleo en Rafaela, creo que nos conviene.

—Sí, sí, —volvía a decir Margarita—, nos conviene.

A los cuatro años de casados se fueron a Rafaela y se instalaron en una casa baja y neutra, pero bastante risueña. Ellos, lo primero que hicieron fue plantarle un par de cipreses en el frente. No la concebían sin unos cipreses bien disciplinados. Los vecinos trataban de calcularles la edad. Opinaban que ya estaban superando largamente los treinta años, pero se equivocaban, lo parecían, solamente. Margarita vestía siempre de oscuro y Armando su traje de rayas y su sombrero gris que le tapaba la ya notable calvicie. A los diez años de matrimonio no habían podido tener un chico y sin embargo Armando lo había deseado muchas veces. En su lugar se resignó a prodigarle amor paternal a un auto que compró de segunda mano



e hizo pintar de color lacre. A él le gustaba su empleo porque las cosas le salían bien; compraba una rifa de vez en cuando y tenían suerte pues solían ganar tostadoras eléctricas, jarras para preparar copetines, poncheras, centros de mesa en forma de canasto, carpetas para tapar la radio, cigüeñas de yeso y hasta tijeras de trinchar. Margarita guardaba esas cosas para usarlas en días de visita y las tenía pulcramente luminosas de limpieza en la vitrina del juego de comedor, ésa con cristales corredizos y una linda carpeta de macramé color ocre en la parte de arriba.

Algunos decían que Margarita y Armando parecían hermanos. Tanto se comprendían que hasta se habían absorbido e intercambiado los rasgos. Para ellos, todo el presente era real; el futuro les llegaba en cualquier momento y el pasado no conservaba ningún interés digno de ser rememorado. A veces —por decir algo— se referían a la época del noviazgo, o al viaje de bodas si por casualidad caían de algún cajón fotos que se sacaron en Río Ceballos para la luna de miel y en las que Margarita lucía pantalones anchos de gbardina, un pañuelo a modo de turbante y aros grandes de paisana. ¡Estaba radiante con Armando sosteniéndola de la cintura, con la dulce quietud de las montañas detrás! Todo lo demás, y que pertenecía al pasado, era siempre fragmentario, por eso vivieron bastante felices.

Margarita abrió la puerta. Armando la miraba. Debajo del brazo él tenía un gallo. Lo primero que vio Margarita fueron las largas plumas del cuello, color de ladrillo bayo, perdiéndose en un campo azul verdoso, brillante, con iridiscencias que cubrían la otra parte del cuerpo. La cresta roja, saludable, se curvaba un poco hacia el costado derecho y el gallo miraba inclinando la cabeza con una determinada dosis de inteligencia maléfica como si estuviera burlándose del momento.

—¡Oh, no! —dijo ella llena de gozosa sorpresa—. Quizá era la primera vez ante Armando que emitía un no de manera rotunda.

—¡Sí, sí —decía Armando—, tocalo, es mansito!

Ella lo tocó. Le gustó el calor palpitante del ave en contra de su brazo y se lo llevó adentro. El gallo estaba quieto, doméstico, calculador. Lo miraron un momento y después Margarita dijo:

—¿Con qué número? ¿Fue con el 666?

—Fue con el 666.

La rifa se la habían vendido en el frigorífico, tal vez Anguilesi, como la mayoría de las veces.

—Está flaco para matarlo —dijo Margarita.

—Que engorde, ponelo en el galponcito del auto.

Margarita lo acariciaba y el gallo bajaba los párpados dejándose hacer.

—¡Parece un chico! —dijo después llena de reminiscencias.

—No tanto, es un gallo —opinó Armando con la voz engolada para evitar toda proximidad a la emoción—, Anguilesi dijo que es carnudo, pero es tuyo, hacé lo que quieras.

Margarita lo miró como aquella vez había mirado a su padre cuando le regaló una muñeca de virutas y yeso después de la operación de apendicitis. Pero Armando, que no había visto a Margarita en aquel trance, interpretó otra cosa y se dijo: necesita compañía.

Ella lo puso en el galponcito. Durante unos días no hizo más que hablarle del gallo, de lo que comía, de que iba a estar muy gordo, de que en la casa había otro ruido, más alegría, tal vez, desde que él entró.

—Armando, por las mañanas el gallo canta a las cinco, o cinco y media, a lo sumo. Tenés que oírlo, es como si me saludara. Yo creo que dice ¡Marga-rIII-taaaAAA!

—Sí, mi amor —le dijo él—, y se obligó a estar despierto a esa hora de la mañana siguiente para escucharlo.

Armando, que cuando se lo proponía se despertaba sin reloj, se desveló como una hora antes y esperó el canto del gallo. En realidad la espera se le hizo bastante larga porque, por un lado, se había sacudido el sueño demasiado pronto y, por el otro, esa mañana amaneció más tarde debido a la neblina. En efecto, el gallo decía ¡Marga-rIII-tAAA!

Margarita le retribuía. Siempre guardaba algo del almuerzo para dárselo con sus propias manos. Una vez volvió del galponcito y le dijo a su marido:

—¡Armando, ese chico... ese gallo necesita nombre! Me di cuenta de lo tontos que fuimos, sólo ahora pienso en que no sé cómo llamarlo.



—Armando sería el nombre preciso —dijo él y se rió.

—Si vos querés, pero el problema será con los otros, cuando vaya a llevarle de comer, las vecinas van a pensar que te tengo encerrado afuera, ¿eh, amor?

—No, lo de Armando fue una broma, el nombre corre por tu cuenta.

Él estaba proponiéndole bromas a Margarita y se mostraba cariñoso porque esa noche era noche de acostarse temprano y ponerse cariñoso. ¿Cómo no se daba cuenta Margarita de que era viernes? Todos los viernes leían un poco a la ligera —él La Opinión y La Prensa y ella el Para ti— para irse mucho antes a la cama.

—¿Cuál va a ser el nombre? —le preguntó un poco impaciente.

—¡Ay no sé amor, no sé; es tan difícil! Benito parece un nombre soberbio, pero el Padre Lozano se llama Benito y como tengo que decirle que venga a bendecir el nuevo Corazón de Jesús de la sala, en una de éstas se me escapa y el Padre se ofende.

—Yo que vos no lo pienso más; que se llame Benito y basta. ¿Nos iríamos ahora?

—¿A dónde? —preguntó algo atontada—, ah, perdoname, estaba distraída. Es que Benito me tiene absorbida.

Pero Armando, que ya empezaba a sentir a Benito como Benito, íntegro y parte del todo familiar, le tuvo un poco de rabia porque entonces, cuando gozaban abrazados, ella pretendía que Benito estaba con mucho frío en el galponcito de zinc y que quizá había que ir a tapanlo o hacerle un nido con trapos de lana.

Ese invierno fue muy riguroso. En las tardes, cuando Margarita quedaba sola frente a la radio escuchando la novela de las tres, siempre encontraba un pretexto para levantarse un momento e ir a ver al Benito por si necesitaba algo. Un día, que había puesto en remojo pasas de uva para hacer un budín de pan y se llevó el tazón, descubrió que el gallo era loco por las uvas. Esto la alegró porque lo había notado demasiado independiente en la última semana, como si él adquiriera de pronto una mayoría de edad que lo hacía indiferente a los cuidados. Al descubrir este gusto, Margarita se decía que Benito estaba obligado, de alguna manera, a depender de ella, como al principio. En adelante, al ver las uvas, se abalanzaba al

tazón y se hartaba con ellas, desdeñando el maíz o el pan remojado en leche que antes le habían gustado tanto. Ahora Margarita le preparaba por las noches una dosis de pasas remojadas y, al día siguiente, ambas se unían en un solo placer: ella en el de dar, él en el de recibir. Cuando empezaron los días más crudos, se lo trajo a la sala y le permitía estarse quieto junto a la estufa hasta la llegada de Armando. Le decía a Benito:

—Hoy preparamos albondiguillas para papá, ¿eh Benito? —y Benito decía que sí cerrando los ojos.

—Hoy hacemos para la cena una mayonesita con papas y perejil picadito, picadito... ¿eh?

Por agosto se intensificaron las heladas y entonces, Margarita, se compadeció de Benito y le hizo una capa de viyela para cubrirlo por las noches. Demás está decir que la capa era escocesa, elegida cuidadosamente por la rústica dignidad del diseño. Antes de acostarse iba al galpón, encendía la luz de la única lamparita sucia de moscas y, con amorosa solicitud, cubría a su gallo atándole la capa mediante un lindo moño brillante debajo del pescuezo. Armando la estaba esperando leyendo el diario y le sonreía satisfecho, pero si era viernes, le sonreía satisfecho y con expectación. Ella se sentía contenta y en armonía consigo misma, como si cada vez acabara de inventar la caridad.

Pero Benito no aprendía los buenos modales, y por las mañanas, aparecía siempre arrastrando la capa o sin ella. A Margarita le apenaba mucho, no podía soportar que él sufriera frío mientras los dos se recogían temprano y por la mañana dejaban pasar un buen rato de tibieza y bienestar antes de pisar el suelo del nuevo día. Le propuso a Armando en uno de esos momentos:

—¿Por qué no lo vas a buscar?, se despierta tan temprano y debe estar tiritando.

Armando fue y lo trajo. Colocaron un papel de envolver sobre la colcha —ustedes se dan cuenta para qué— y allí lo instalaron a Benito quien, desvelado ya como ellos, los miraba fijamente y con sus ojos seguía el menor movimiento que ambos hacían. El acto se repitió a partir de ese día y entonces, Armando, al momento de despertarse iba a buscar el gallo, colocaba cuidadosamente el papel (ya preparado en la mesita de noche) sobre la colcha y encima instala-



ba a Benito que quedaba como en hipnosis inexpugnable y con cierto aire de infranquiabilidad que hacía sentir muy dolorida a Margarita. Ella hubiera querido que Benito le retribuyera su cariño de alguna forma más evidente.

—Los gallos son así, amor —la consolaba el marido—, además debés tener en cuenta que por sexo es macho y, en cierto modo, todos los hombres se guardan mejor las cosas.

Margarita se alegraba de las palabras de Armando, pero un fondo de dolor no se le iba del todo.

Al comenzar la primavera, ella que ya conocía del despertar del amor, de los pájaros que hacen nido y de las parejas que se aman en una imagen universal de ternura a fuerza de leer Vosotras y Para Ti de setiembre, pensó que Benito tenía todo el derecho de gozar también su dosis de primavera. Sin consultarlo con Armando (estas son cosas que las mujeres intuyen y que los hombres piensan sólo para sí mismos, se dijo), habló con la señora Lírca de Agnelo, su vecina del fondo, para que le permitiera llevar al Benito un día o dos a la semana, a holgar con sus gallinas. Si bien la señora Lírca se mostró algo reticente al principio porque consideraba que en el gallinero, este año, el gallo bataraz se mostraba más dinámico que nunca, enseguida cedió, puesto que Benito, desde la primera vez, pareció caerles desusadamente simpático a sus gallinas. Naturalmente, a cada entrada de Benito, hubieron de quitar de en medio el gallo titular para evitar toda escaramuza. Y, como las gallinas de la señora Lírca de Agnelo eran muchas y muy fogosas y los gallos pocos, no hubo que lamentar mayores interferencias.

Armando había hablado alguna vez con el médico del frigorífico y pudo explicarle qué le pasaba a su esposa siempre que quisieron tener un bebé. El médico se interesó y los entusiasmó con un tratamiento que podía ser eficaz si se tenía paciencia. Entonces —como a ellos no les costaba ser rigurosos—, Margarita quedó encinta y le faltaba muy poco para convertirse en madre. En los primeros tiempos Benito pareció quedar olvidado, pero Margarita hizo ver en seguida que tenía un buen recuerdo para él. Si Armando y ella salían en auto, lo ponía en la parte de atrás mirando hacia la calle y el gallo se extasiaba como un niño viendo a la gente, las luces, las vidrieras, las señoras con sus hijitos be-

rreadores y los perros que vagabundeaban. Si bajaban a alguna tienda para comprar lana destinada a batitas, mantillas, escarpines y todas esas cosas, lo dejaban dentro y ella le pedía a Armando que trabara las puertas del auto para que no hubiera posibilidades de que Benito fuera sustraído. De regreso, si era temprano, se sentaban los dos en la vereda si el tiempo era bueno, con los sillones de lona y le ponían una trailla y lo dejaban pastar en el pedazo de césped que había frente de la casa. En los ojos de ella había algo especial, no se sabía si por el embarazo que crecía, o porque a esa hora, la ternura se alimentaba de actos y vicisitudes diferentes. Benito picoteaba las hierbas solo y en momentos retozaba como un perro faldero o como un hijo a quien se lo tuvo demasiado tiempo adentro.

Cuando empezaron los soles fuertes a fines de noviembre y ella adquiría en todos sus actos un tono moroso y crepuscular, y el gallo andaba libremente por el jardín, apenas ocupado en alguna pequeñez, solitario a veces, aparentando inteligente reconcentración, otras, Margarita le dijo entonces a Armando:

—Va a necesitar un sombrerito. Ahora que estoy tejiendo, aprovecho para hacerle uno de macramé. ¿De qué color te gustaría?

—Pero Margarita... el color es lo de menos, ¿va a aguantar Benito un sombrero?

Benito lo aguantó más que su capa de invierno. Ella le hizo una especie de cucurucho de color de maíz y se lo colocaba cubriéndole toda la cresta y sujetándolo con una cinta más clara que le pasaba debajo de la cabeza. Al principio el gallo retrocedía molesto por la nueva prenda, pero al cabo de una semana caminaba orondo por el patio, como un religioso tibetano, comiéndose las uvas pasas remojadas y tragándose —cuando podía— una abeja laboriosa que frecuentaba las alverjillas del jardín. Y este acto lo practicaba con morbosa delectación, como si estuviera transgrediendo, traviesamente, alguna norma sagrada.

—Pienso —decía Margarita— que entiende lo que decimos, fíjate.

Tomó una pasa de uva, de las más suculentas y lo llamó:

—Nenito venga, mire lo que tiene mamá para usted.



El gallo levantó la cabeza y la inclinó quedando con un oído hacia arriba como hacen los loros para escuchar. Vio la uva y corrió con un ligero abrir de alas verdinegras hasta el lugar de donde se lo llamaba.

—¿Ves? —decía ella—, este gallo es diferente, reconoce nuestras voces.

A Armando le daba risa el gallo con capuchón, le parecía un unicornio o una bestia de historietas, pero Margarita dulce, tonta, encinta, estaba tan inocentemente alejada de los ridículos habituales...

Cuando nació el niño, Benito quedó postergado y un día Armando lo encontró abatido por la tristeza, pero Margarita, apenas pudo, volvió a dedicarle el tiempo suficiente, pero sin retacearle, no obstante el cambio, ninguno de los tonos de voz que sabía emplearle antes, ni menos las uvas pasas remojadas. Benito se recuperó.

Para la fiesta de Rafaela, aquel 24 de octubre, la madre de Armando vino a visitarlos. Antigua, estruendosa, relamida. Con canastas preñadas de embutidos, frascos de crema, zapallitos del tronco, brevas, huevos, las últimas naranjas y los primeros duraznos, chicharrones y pancetas que desleían aceite y perfumada manteca casera amorosamente envuelta en hojas de col. A la madre de Armando le fascinaban esas fiestas llenas de carrozas, de lindas reinas de la agricultura en cohetes o cabalgando una mariposa gigante, o saliendo del seno de una rosa. Le gustaban esas fiestas con máquinas rurales alrededor de la plaza, concursos fotográficos, exposiciones de manchas para los escolares y el intendente dando premios a todo el mundo. Se instaló como otros años con ellos e hizo todos los proyectos posibles para no perderse ni uno solo de los actos oficiales, ni de los otros.

Estaba estudiando el programa de festejos que había salido en La Opinión, cuando vio el gallo. Les dijo:

—Por qué no lo matan y lo cocinan. No está tan viejo después de todo. Tiene mucha carne.

Y le tocaba los muslos y la pechuga.

—Si ustedes quieren, yo me encargo.

Margarita sintió que se le erizaba la piel; vio en las manos de su suegra una cuchilla que chorreaba sangre caliente de su Benito y tuvo la sensación de que ella manejaba carcajadas tipo demoníacas y miradas de bruja. Le tuvo, a partir de entonces, un sentimiento parecido al miedo y a la repulsión, cada vez que pensaba en que ella podría ser la asesina de Benito. Armando fue quien supo convencer a la madre de que no hacía falta comerse un gallo ya algo viejo por más fiesta patronal que fuese.

El hijo sí fue llamado Armandito y, cuando tuvo el tiempo suficiente, Margarita quiso que Benito lo conociera para que pudieran hacerse amigos. Había terminado de bañar al bebé y lo tenía en la cama matrimonial cerca de una linda muñeca de paño Lenci, cara al techo y pataleando. Le dijo a Armando:

—Traelo ahora para que lo vea que está tan gracioso...

Armando fue a buscarlo. Puso el papel de envolver cerca de las piernas de Armandito y dejaron al gallo en su posición de siempre para que se acostumbrara al nuevo personaje de la casa.

Benito lo miró inclinando la cabeza; primero a un lado, después al otro. Margarita salió para preparar el biberón y poner al remojo uvas pasas. Dejó a Armando el cuidado del hijo.

—Vuelvo enseguida. ¿No te parece que Benito ya lo quiere?

Él dijo que sí, que le parecía.

Armando fue a buscar un pañuelo al tocador. Les dio la espalda. El gallo tenía sumo interés en algo que brillaba repetido, grande, redondo en la cabeza del bebé. Estiraba y retraía el cuello con movimientos económicos; ponía el pico muy cerca como para convencerse de que una cosa tan llamativa, tan succulenta, era verdad. Cuando le dio el primer picotazo de prueba, Armandito en su gozo vegetativo, hizo un movimiento hacia un costado y el picotazo cayó en la colcha. El gallo volvió a su posición expectante, puso nuevamente el cuello en tensión, poco a poco y sabiamente, como si estuviese manejando un suave y preciso mecanismo de asalto, para no errar de ahí en adelante un solo golpe. ¡Si al menos Armando, que estaba tan cerca, se diera vuelta para interferir a tiempo! Pero Armando estaba muy ocupado en la búsqueda del pañuelo y calculando la fecha de una factura que se le había atravesado en el camino. El gallo tenía el cuello preparado, listo, pronto a disparar como



una confiable arma de guerra, atento como cuando se disponía a engullirse una de las uvas negras y redondas que Margarita le ponía en el tazón. Era el momento de dar el picotazo. Benito, que aprendía rápido, tal vez ya había comprendido frente a esa repentina experiencia, que eso sonrosado y movedizo sobre la cama no era lo mismo que el estático ofrecimiento del tazón colmado. Había que actuar de otra forma y, por lo tanto, parecía tener una decisión tomada. Armandito, por su lado, se había prendado, al parecer, del pico amarillo o de la cresta roja del gallo, vaya a saber de qué. Cuando Armando levantó la mirada y vio a través del espejo, se llenó de un repentino horror que recordó durante su vida como dos clavos en las sienas.

.....

Y aún mucho tiempo después, cuando ya Armandito había pasado por varias etapas e iba a la escuela y hasta había aprendido a leer, cada vez que comía carne de gallina Margarita veía las manos de Armando como las de un asesino y no podía dejar de pensar que, entre ellas, había muerto Benito con el cogote quebrado.

## UNA CAMA DE ORO

*A Marta Zobboli, en reconocimiento.*

El hijo de don Otto Stiller, es decir el menor, a quien llamaban Teo para acortar el nombre, fue casado con la Verónica Forte de quien alguna vez conté que era tan experta en las carneadas y que sabía manejar el cuchillo para trozar la carne con la misma seguridad y finura con que bordaba lirios y azucenas en las sábanas de su ajuar. Ella era una muchacha para el trabajo y sana, que sabía hacerle frente a todo; él —aunque callado— era un mozo guapo y despierto en la yerra, especialmente cuando había que desguampar o en el momento de capar las reses. De allí resultaba que ambos tenían una destreza en común —si se quiere—, o sea el manejo del cuchillo para trabajos honrados. Honrados eran los dos, porque venían de familias honradas, y porque nunca nadie pudo decir que en Corda se hubiera sabido que los Forte o los Stiller habían dado de qué hablar a causa de sus actos. Don Otto le dijo un día al padre de la Verónica que era tiempo ya para ponerse de acuerdo en eso de casar a los hijos como lo habían hablado alguna vez. —Mirá Lázaro —le propuso—, el Teo no habla mucho y es tan tímido que parece zonzo, pero eso es por fuera nomás, vos sabés cómo es él y de qué manera le pone el lomo al trabajo. Y don Lázaro escuchaba asintiéndole porque de todo eso estaba más que seguro. —Y sobre el pucho le doy la tapera para que se ocupen de ese campo —agregaba el alemán— que ahora lo tengo medio abandonado y entre los dos van a hacerlo producir; vos sabés que nosotros somos gente de fiar. Lázaro entendió que el trato era de provecho y, de esa forma, quedaron unidas ambas familias a través del buenazo de Teo y la industriosa Verónica.



Voy a pasar por alto otros detalles del arreglo de la boda, por ejemplo de cómo la madre de Teo aportó una vieja cama de bronce que después de dejarla como el sol la mandó a instalar en la tapera, y de cómo, a su vez, la madre de Verónica adornó el armatoste con una colcha de bayeta azul para que estuvieran tibios durante las noches en que el viento contumaz gimiera sobre el techo. Y voy a pasar por alto también, los detalles mismos de la fiesta en la que los invitados bailaron tres días enteros y comieron cerca de cinco mil perdices, en tanto entonaron en líricas competencias, por un lado los Forte y por el otro los Stiller, todas las canciones piemontesas y todas las alemanas que sabían. Pero, de cualquier manera, si no pudieron ponerse de acuerdo en cuáles eran las más lindas, nosotros sabemos que todas eran muy, muy hermosas y llenas de nostalgias porque en el fondo, a pesar de la diferencia de lenguas, no hacían más que repetir los dulces temas del amor, de adioses y de olvidos que dicen todas las estrofas del mundo.

La historia verdadera empieza cuando los novios dejaron la fiesta y ellos solitos montaron la jardinera y se fueron para la casa del monte a abrir las puertas y a darle otra vez vida a la vieja tapera silenciosa. Allá, en la intensa soledad del patio quedaron temblorosos frente a la galería cenicienta que parecía esperar con recelo después de tanto tiempo sin tener gente que la animara, y hay que reconocer que la Verónica, vestida de novia con su hermoso traje de gromilán verde, prolongaba la gemación incipiente de todas las ramas del monte en la casi tibia mañana de setiembre. Los pájaros imbuidos de secretas obligaciones se afanaban en hacer los nidos y en buscar comida, o se perseguían con delirio en las alturas gayadas de sol. La Verónica, conmovida no sabía por qué, hubiera querido una palabra de Teo en ese momento, pero ella estaba resignada a no pretender que hablara, ni siquiera en el día después de su boda, porque los Stiller no eran muy conversadores, no; todos hablaban muy poco y Teo, menos que ninguno. Desvanecido el instante ella entró resuelta porque de ahí en más esa casa era suya y, desde entonces, le nacían muchas responsabilidades. Él se acercó a la pared de la galería, sacó un colmena arrugado, lo encendió sin mirar nada cierto y se puso a fumarlo tratando de encontrar el modo más cómodo de estarse apoyado en ese lugar, quizá por cuánto tiempo. Era casi el

mediodía cuando la Verónica entró en la casa y dijo: —Teo, voy a preparar la comida y, aunque no hay carne que a usted le gusta tanto, algo le hago para que coma. Pero el hombre no contestó y ella apenas si se animó a mirarlo un poco por la ventana. Pensó en que le iba a gustar una tortilla y sacó de los cajones doce huevos, doce papas y doce cebollas; peló las hortalizas y batió las yemas con tanto empeño porque era la primera vez que nadie la mandaba y porque iba a cocinar para él que era un hombre de su gusto y además su marido. Se sentía sólida y acompañada, aunque Teo que era tan tímido no se animara todavía a empezar la conversación. Cuando todo estuvo preparado fue a la puerta para llamarlo y vio que él no se había movido. A esa hora cualquiera debía tener hambre y ella le decía: —Venga Teo que la comida está lista. Y se fue al dormitorio pensando que si le dejaba la cocina libre él iba a entrar. Pero no entró. La comida se enfrió sin que nadie la probara y ella se dedicó a preparar la cama por las dudas a su hombre le viniera el sueño. Miró el lecho y le pareció algo chico para ser una cama matrimonial aunque quitara la respiración por lo hermosa que se veía con sus pomos dorados, sus ángeles lustrados en el respaldo y la tibia colcha de bayeta. Abrió ahora un poquito la ventana del dormitorio lo que le permitió observar a Teo por el otro costado que, tieso y mohíno, oteaba no se sabía qué sombras del monte. Entonces ella se dedicó, por un largo trecho de la tarde, a contemplar la tierra arija del contorno que también esperaba con paciencia, y a aprisionar las mismas imágenes que su marido recogía en secreto. En el patio ya empezaban a amarillear las luces y las torcacas del monte que aún no habían hecho casal, venían a guarecerse en los horcones porque en cualquier momento la noche se les echaba encima. La Verónica se dijo que si él seguía así, quieto como un tronco, le iban a hacer nido en la cabeza como una vez había sucedido. Ahora debía preparar la cena y se las ingenió para que la comida fuera más fragante y le despertara el apetito que lo moviera por fin a entrar en la casa. Entonces, cuando la tuvo lista volvió a la ventana de la cocina y le dijo: —si usted quiere, Teo, ya se puede empezar a cenar... y esperó esta vez allí hasta que tuvo que encender un candil aunque más no fuera para verse sus propias manos.



La noche en la tapera —ahora de nuevo habitada— parecía más grande, como si el mundo se hubiera ahuecado para que el crepitar de los leños en el monte y el chillido de los zorros se escuchara mejor. Bastante tarde salió la luna roja que pintó al descuido el pálido tronco de los algarrobos y el brocal encalado del pozo. Teo se acercó a él y bajó el balde del que bebió después, lentamente, un profundo trago cuando la Verónica, cansada de esperar junto a la cena, le dio cuerda a la victrola y se puso a bailar al compás de una remotísima música que salía de la bocina de lata. Por la puerta entreabierta la figura de ella aparecía y desaparecía con cada vuelta de su danza solitaria y, en esos instantes fugaces, la mirada de la muchacha ardía con la luz del candil que la entintaba con un suave resplandor azafranado. En eso llegó la hora de dormir; ella dejó de darle cuerda a la victrola, se acercó a la puerta y le dijo: —Si usted está cansado y quiere acostarse, la cama está lista.

Un poco más lejos, algunos teros embrollones gritaron y Teo recogió un cascote y se los tiró a mansalva, pero todo eso lo hizo desde el lugar de siempre, es decir apoyado en la pared que daba al poniente y fumando otro cigarrillo que, en las sombras perfumadas de poleo, parecía mucho más fragante.

—No es nada que usted no coma, Teo —le decía ella desde la ventana mientras se sacaba el vestido—, si uno no tiene hambre, no tiene, pero le advierto que el descanso es necesario, que no puede pasarse la noche apoyado en una paré a la intemperie. Soltó su larga cabellera que viboreó en los hombros y puso la lámpara en el alféizar para que se vieran bien los nomeolvides y los lirios que había bordado en el escote de su enagua, y él, atraído por la luz, giró los ojos implorantes de socorro hacia su mujer que estaba tan hermosa. Para la Verónica que estuvo toda la noche despierta, expectante en la cama, ésas fueron las horas más largas de su vida, y también lo fue la noche siguiente cuando su alegre sensación de estar acompañada empezaba a ser cambiada por la idea de que no podría tenerlo nunca a Teo, a quien siempre había querido mucho. Si él era así, no podía hacerlo distinto de la noche a la mañana, pero nunca como ahora, en esa solitaria casa, lejos de la gente de Corda, había sentido la necesidad de que Teo le hablara, le dijera qué pensaba hacer de ahí en adelante, desde que se habían unido para ser marido y mujer.

Como tampoco al día siguiente el mozo sintió valor para entrar, ella le arrimó la comida y el vino y le puso una palangana y la toalla y una muda de ropa para que al menos, a partir de eso, se sintiera animado a pensar que ya tenía mujer. Y Teo se lavó y comió, mientras ella desde adentro le decía: —Si usted quiere le llevo más sopa, o si gusta más pan le arrimo otra horma y mañana apenas amanezca le lavo todo.

Al caer la noche, una noche serena, con fragancia de camambuses y el perturbador aroma de algunas artemisas en la linde del monte, y con el guirigay vespertino entre los chañares y las tuscas, volvieron algunos pájaros a buscar refugio y ella miró con arbro un casal de torcazas muellemente arrebujadas en el nido. Ahora era un solo silencio horadado de los rumores consabidos, pero ella no los tenía en cuenta; allí, lejos de todos, quería mucho a Teo y necesitaba hacérselo sentir. No le bastaba prepararle la comida ni lavarle la ropa, más que nada era necesario que ella y él, como todos los esposos, hablaran un poco del tiempo que vendría, uno al lado del otro en su propia cama, hasta que el leve sueño les cerrara dulcemente los ojos. —Teo, decía ella en medio de la noche, —Teo, venga aquí a dormir que todo está listo para que descanse y mañana se ponga a trabajar como quiere don Otto. Pero Teo estaba afuera con la cabeza caída sobre su pecho robusto que le servía de almohada. —Si usted quiere voy y lo busco —seguía diciéndole—, y si quiere le lavo los pies con agua tibia y salvia para que descanse mejor que eso alivia mucho cuando han pasado horas sin acostarse. Pero él tampoco dijo una palabra.

Todos saben que las sombras merman hasta los ánimos más templados cuando una tristeza o una angustia se planta en el corazón de un cristiano, y de allí que Verónica comenzara a sentirse amargamente sola, con tanto dolor en el pecho. Ni siquiera sabía qué hacer, si probar dormir, si correr por el campo, si levantarse a trabajar en la casa, si postrarse a los pies del dulce y callado Teo. Entonces comenzó a sollozar con unas lágrimas que nunca habían nacido de su ánimo fuerte y luchador; lloró sumisa y largamente, con un desconsuelo tristísimo que abatió el rumor de las sombras, flotó en la soledad del cuarto, atravesó la ventana y se posternó a los pies del gigantón adormecido junto a la pared.



Cantó un tordo al salir la luna agregándose a la secretísima rondalla de las horas. La noche de cercana primavera rebullía de fuerzas genésicas en la hondura de los sembríos, en la arboleda alerta del monte, en el éter burbujeante de minúsculos insectos. La puerta de la casa fue abierta sin ruido y, a contraluz, se vio a Teo tan alto y tan torpe como siempre dándose un golpe en la frente por olvidarse de doblar la cabeza. Cuando se tiró al lado de su mujer y le tocó la mano, ella entendió claramente que le decía: —Esta cama es chica para dos que van a dormir toda la vida juntos, un día de éstos la cambiamos.

.....

Por ese entonces entró la luna a explorar el cuarto en penumbras y avanzó con el paso silencioso por el piso, sobre las paredes recién encaladas, encima de los muebles. Al tocar el metal del viejo armatoste, la cama empezó a relumbrar en un oro gozoso.

## LA ESTACION OESTE

Ricardo me dejó frente a la puerta de mi casa pasada apenas la medianoche. Tal vez el silencio que conservábamos desde hacía unos minutos era un principio de arrepentimiento por malgastar la noche. Tampoco considerábamos que la hubiéramos gastado del todo. De cada caso extraíamos una forma infalible de dulzuras, de potestad sobre las sombras, de partículas secretas como si cada vez acabáramos de volver enteramente sabios de la guerra. Pero en la noche y por las calles, y frente a los edificios viejos, y junto a las alcantarillas de los suburbios y en los cercos de las fábricas calladas y oscuras, aprendíamos tanto como entrar en la guerra. Por eso, acostarnos temprano —apenas pasada la medianoche—, podía prepararnos a creer que dejábamos sin destino algo que se nos había adjudicado desde la eternidad.

Abandonábamos la ciudad a esa hora sin seguridad alguna: tal vez porque había empezado a hacer un poco más de frío repentinamente o, tal vez, porque, agotado nuestro inquietante paseo hacia la zona de la Estación Oeste, habíamos hablado demasiado de De Chirico y de que la escenografía del mundo es incuestionablemente metafísica. Pero, a último momento, le pedí a Ricardo que no se atreviera a defender la idea todavía y que me acompañara adentro. Me preguntó por qué.

—Te voy a certificar algo —le contesté.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntarme algo irritado— ¿no podría ser mañana?

—No, tiene que ser ahora —le dije—, si no es ahora no voy a poder dormir.



En el pasillo Ricardo habló pero no escuché lo que iba diciendo hasta que encendí la primera luz de la casa. Entendí algo así como que el frío le iba a hacer mal y que debía prestarle un pulóver. Como yo tenía que mostrarle algo, y era absolutamente en eso en lo que estaba pensando desde hacía un rato, me alegré de su inconsciencia: dentro de un momento podría estar pasmado y tal vez quisiera volver a la Estación Oeste para ver si encontrábamos a la mujer allí y decirle: señora, él tiene razón, a usted la han dibujado en la primera mitad del siglo XVI, y que ambos, pasada la medianoche, estábamos como en el corazón de un secreto y queríamos saber qué pasaba con su cara, con su cabello cortado casi a lo varón y su inmovilidad debajo del gran reloj que también en alguna parte ya había pintado Giorgio De Chirico, lejanamente, con humos de tren y muchachos con caballos.

Ricardo me repitió lo del pulóver. Le traje uno. Lo hice sentar y le ofrecí un trago que no aceptó. Se sentó brevemente, pero al instante ya daba la sensación de estar instalado y de que no tenía apuro. Abrió el diario en Culturales para ver quién estaba exponiendo y me dijo que Debernardi no era un escultor, era un carrero.

—No tiene un poquito de humor; cuando cuenta algo gracioso todo el mundo está esperando saber en dónde ve él el chiste que ya empezó a festejar apenas abrió la boca. Además no tiene conciencia de lo que es elegante. Es todavía de los que dicen: no me cayó bien la comida, la estoy repitiendo desde el almuerzo; convencido de que dijo una fineza.

—Impiedad es lo que no te falta —le dije para apurar cuanto antes su dosis de intrascendencias— todo artista toca con su alma el cielo y hunde las raíces en el barro... ¡Quién puede asegurar que está libre de ser rozado por las vulgaridades de la vida!

Pero él no reflexionó un instante acerca de lo que yo procuraba fuera algo profundo para desviarlo al tema que me preocupaba. Ahora estaba dedicado a Sociales, saltando toda otra noticia, como lo hacía siempre. Ricardo sólo leía eso en los diarios. No encontré nada de interés para anunciarme y se obligó a decirme:

—¿Cuál es la certificación, entonces?

Yo había estado buscando el libro en la estantería y ya lo tenía entre las manos. Viniendo a él le dije:

—Aquí está toda la sabiduría, la profundidad del alma y su cercanía con lo inmenso, aunque las vulgaridades de la vida nutran también sus actos.

Me miró azorado interrogándome con expresión sorprendida por la magnitud de mis palabras, pero no abrió la boca, al instante parecía estar divertido ya por una conversación que, muy a su pesar y se iba poniendo seria.

—Certifiquemos lo que haya que certificar —concluí mostrándole la tapa del libro.

Se rió: —Ahí no hay nada, pedante, o hay demasiado— me replicó dejando Sociales a un lado—, lo más importante de todo el libro son los tres grabados de la edición xilográfica del Apocalipsis de San Juan.

Me lo quitó. Se trataba de un facsímil de la primera edición de El Grabado en Madera de Paul Westhein. Lo abrió con seguridad en las páginas 32 y 33. Era capaz de actos espectaculares como ése, mínimos, tal vez, pero siempre de alguna manera ampulosos y teatrales. Del grabado de la primera me mostró el caballero alado que marcha al frente de una legión de centauros-pegasos y puso mucho ahínco en hacerme notar cómo Ruggoni ya había plagiado la mayor parte de las formas de ese grupo para armar sus enormes afiches un tanto art-nouveau. En el de la página 33 me indicó el monstruo manchado, de siete cabezas, que todavía no había copiado nadie pero en el cual, tenía la sospecha, Ramón Portani había encontrado alguna fuente de inspiración para un incierto tapiz que pensaba presentar en los salones de primavera.

Apenas hube rescatado el libro y pude hacer callar a Ricardo, lo abrí en la página 50 y le mostré el Ars Moriendi.

—¿Qué ves? — le pregunté maliciosamente.

—Nada — me dijo al principio con desdén, pero se rectificó enseguida; se le pusieron rígidas las manos, luego prosiguió: — está todo lo de esta noche, aquí, o una aproximación, pero la aproximación importa más y, en definitiva, existen el hombre que guarda el caballo, la estación, y la mujer... la mujer es lo más importante; sólo que acá es un hombre, ¡no me explico cómo puede ser tan parecido a ella y ser un hombre y ella una mujer!



Tenía el dedo puesto en el rostro moribundo del grabado. Seguía con la uña su contorno. Los monstruos de alrededor, los de la agonía, por el momento no nos importaron, pero sí la construcción, los toneles de uno de los depósitos, los techos, las cornisas, los arcos de las puertas y el joven que estaba entrando el caballo.

Ricardo quedó mirando el dibujo en tanto depositaba su dedo índice en el ángulo superior derecho del grabado. Sin levantar la mirada me preguntó:

—¿Cómo no me acordé antes?

No es que hubiéramos tomado la costumbre de ir a la Estación Oeste porque supimos que allí nos encontraríamos con frecuencia a la mujer debajo del reloj con la que luego tendríamos nuestra primera conversación, después comeríamos juntos y, por último, íbamos a terminar charlando casi noche tras noche con ella. Nuestra costumbre de ir a la Estación venía de un tiempo antes. Una tarde de domingo, por el mes de abril, tal vez, en que había hecho repentinamente mucho frío pero con un sol agradable, y que Ricardo había destinado para hacer un corto viaje al campo con sus hermanos, yo me fui caminando por la larga avenida y me encontré con la vieja estación a medio refaccionar. La parte exterior y el frente habían sido pintados de un suave gris perla que acentuaba todos los detalles y dejaba en evidencia la armonía y precisión de los módulos utilizados para levantar la construcción tantos años atrás. La puerta, por esos días, recibió un azul intenso y el techo un rojo casi tierra que contrastaba con los demás planos del edificio y con el mundo de una manera sustancial y vibrante. Se podía verla de lejos y asimilar como sucesos pretéritos desde los muros cuando se comenzaba a percibir el gris nuevo que le habían dado, pero, únicamente frente a ella, abarcándola de golpe y de una sola mirada, uno se daba cuenta de que podía penetrar en sus andenes y esperar que ocurriera cualquier cosa antigua y ferviente. Cuando avancé dentro de la construcción y caminé por uno de sus andenes, los obreros de la cuadrilla estaban arreglando rieles, levantando columnas y martillando hierros. Algunos pintaban las dependencias interiores, otros lavaban los vidrios. Era domingo, sin embargo, y pronto se pondría el sol. A pesar del día santo, ellos trabajaban. Fui al extremo este del andén y caminé hacia el cielo en sentido contrario y, en ese momento, el domo de la tarde intentaba progresar hacia un cre-

púsculo con aniquilados amarillos de muerte. Poco a poco, muy lentamente, las figuras adquirían fuerza de contraluz y esperaban su transformación en un repliegue expectante. Yo, en un momento así, lamentaba las ausencias. No tenía nadie a mi lado para mostrarles en dónde estaba De Chirico allí. Una locomotora vieja, imprevistamente armónica en algo que parecía venir desencajándose, hacía maniobras al final. El humo salía muy denso, claro, recto hacia arriba. En esta época de diesel y de poderosas máquinas generadoras de electricidad, la locomotora era desusada y hasta onírica en una idea que parecía venir más de los recuerdos que de la precisa realidad de la jornada. Todo era metafísico, como ven.

El jefe de la estación (tal vez) me miró. Era una mirada sin asombro, lavada, libre de connotaciones. Sobre la toma de agua las palomas encontraban un hueco para pasar la noche; los obreros se secaban la frente, se volvían a colocar sus blusas y pulóveres y guardaban las herramientas. Ahora sí era el ocaso. Me volví al extremo este del andén. Desde allí lo contemplé todo en una prolongada perspectiva seca, austera, tal vez descompaginada por algún punto de fuga que se hacía demasiado importante y maravilloso en contraposición con los otros que iban siendo tragados por las sombras. Como por ejemplo el reloj. Fue entonces cuando lo descubrí y al muchacho con el caballo que atravesaba las vías. Me volví a casa con un estremecimiento. Todo eso junto ya era demasiado para mí porque no estaba preparado ese día para abarcar tanto misterio y tanta belleza de golpe, la imposibilidad de hacerlo me hacía mal, tal vez no: mejor me entristecía. No podía tampoco dejar de contarle y Ricardo no estaba. Pero cuando nos encontramos fue lo primero que le dije y empecé a hablarle de los puntos de fuga dispares, antes que nada; de la máquina de tren antigua, del muchacho con el caballo y del reloj para que él mismo sacara conclusiones. No me equivoqué, lo dijo enseguida y, para nuestras habituales marchas nocturnas, ya sabíamos que también íbamos a tener incorporada la Estación Oeste. Esa noche, al desembocar en la avenida, por la zona en que comenzaban los terrenos del ferrocarril, vimos cómo, contra el cielo oscuro, la luz que le habían puesto al edificio, le daba algo de transparencia; las paredes parecían de alabastro, los arcos se definían en tres dimensiones netas, el azul de las puertas y ventanas se degradaba hasta una densidad de sombras



a medida que se alejaban de las orlas luminosas, y el techo del andén sumándose al cielo de la noche, tenía algo de fosforescencia. Ricardo se pasó los dedos por la cara y dijo:

—El escenógrafo del mundo es metafísico.

Quisimos ver el reloj, entonces. Tenía dos caras: una miraba hacia el este y otra al oeste; las caras se unían en ángulo que perfilaba hacia el norte.

—Es Jano —le dije—, una esfera apunta al pasado, otra al futuro.

—O al nacimiento del sol una, y la otra a su muerte. Nacimiento y muerte —dijo Ricardo—, es un poco extraño; decirlo en este punto te hace ver las cosas detrás de tus propios ojos; mirarse adentro uno, como quien dice...

Hay momentos en los que, sin motivo preciso, nos sentimos tentados a la risa; tal vez porque uno no entiende bien al otro, o porque no se sabe qué contestar, y un poco de risa breve, liviana, nos da justo la dosis de descarga que sobreviene cuando se acaba de decir, o presentir, algo importante. Por eso, naturalmente, justo ahí nos reímos, y la risa no duró nada. Estábamos solos; había llegado y partido el tren, el andén quedó vacío, largo, como de kilómetros. Únicamente una mujer se iba al extremo oeste, hacia las sombras en donde los focos terminaban como al borde de un abismo y, de allí, al mismo tiempo, surgió un muchacho con bluyins que avanzaba en sentido contrario. En un punto determinado se cruzaría con la mujer, pasarían uno al lado del otro y, esa circunstancia, nos tenía electrizados. Todo se hacía poco creíble; las figuras humanas bajo los arcos del andén tenían una proporción sin medida: o gigante o enana. De pronto, la mujer era enorme, pero en un instante fue sólo un átomo metiéndose en las sombras, y el muchacho que venía hacia nosotros creció desde el punto que fue en un principio hasta ser grande como la mujer que había pasado a nuestro lado, que no nos miró, que no miró al muchacho de bluyins y que se perdió detrás de los focos. Otra vez quedamos estremecidos y comenzamos a volver a la estación casi todas las noches.

Un tiempo después —no habían pasado muchos días— nos dimos cuenta de que estaba la anciana debajo del reloj. Fue porque la

vimos una noche, antes de que llegara el tren y fue porque a la noche siguiente la volvimos a encontrar inconfundible con su pelo blanco, corto, ajada, muy vieja tal vez, aunque disimulaba sus años con una especie de brillo sereno y esperanzoso en los ojos. Sólo abandonaba su lugar debajo del reloj —invariablemente— siempre que el último pasajero descendido del tren dejaba la estación.

Después, en mi casa, fue cuando la asociamos con el grabado del *Ars Moriendi* y quisimos hablar con ella. Nos acercábamos, mirábamos la hora, ajustábamos nuestros relojes, decíamos alguna incoherencia como para darle pie para que participara de nuestra charla. Nunca lo hizo, se mantenía tiesa, reservada, transmitiéndonos una especie de sabiduría que nos hacía sentir muy torpes, llenos de inseguridad y ella, en cambio, parecía tan firme, tan superiormente educada y comprensiva. Hasta que una noche —eso fue a principios de junio—, en cierto momento en que empezaba a lloviznar, Ricardo ofreció llevarla en su auto.

—Sólo al final de la avenida—, aceptó con voz pausada en tanto se arreglaba como una muchacha, un mechón de pelo húmedo de su cabellera a lo varón.

Esa noche yo hablé de la llovizna, de cómo se ponen tristes y hermosas las estaciones vacías, de que mucha gente va allí únicamente para ver bajar a los viajeros y que otros, en cambio, esperan a alguien que no viene. Se hizo silencio y nosotros quedamos tensos calculando si obtendríamos respuesta y pensando también si no habíamos sido demasiado torpes al echarle un anzuelo tan evidente. Pero ella respondió con toda sencillez, sin malicia alguna:

—Mi esposo va a venir, se fue al oeste, desde esta estación; pero ya hace un tiempo que en sus cartas me pone lo de su regreso. Va a llegar en cualquier momento. Está preparando nuestra casa y nos radicaremos allá cuando esté lista. Lo tenemos todo planeado desde hace mucho tiempo. Como estoy sola vengo a esperarlo, estoy segura de que querría darme una sorpresa, pero sé también que va a ser más feliz todavía si me encuentra en la estación.

Llegamos al final de la avenida. Ricardo le dijo que si debía ir más lejos la acercaría. Agradeció, pero estimaba que la molestia había sido ya más que suficiente. Nos dio una sonrisa especial al decirnos que tal vez nos encontraríamos cualquier día —mañana o



pasado— y seguiríamos conversando. A ella —nos contó en la vereda—, le agradaba hablar con la gente joven:

—Siempre están por descubrir algo —dijo—, y me gusta contagiarme de esa emoción.

Había noches en que no la encontrábamos, pero tampoco nosotros íbamos siempre. Así que nunca supimos con qué frecuencia se instalaba debajo del reloj —el Gran Jano— y realmente por qué lo hacía. De lo que estamos seguros era de que nos sobrevinía una especie de indefinible desazón cuando la veíamos, como si el broche final del paseo hubiera sido exclusivamente su presencia. Nosotros dos no nos comunicábamos esta emoción porque nos la adivinábamos mutuamente, y nos volvíamos con la esperanza de que la próxima sería una ocasión mejor para la reservada ansiedad que manteníamos. A mediados de junio, por fin, aceptó comer algo con nosotros en la fonda de enfrente. La mujer pringosa que nos trajo pastas calientes y aromadas nos preguntó si éramos turistas: no nos había visto nunca por allí.

—No —le dijo la anciana—, yo soy de aquí. Parte de mi familia tuvo que ver con la construcción de esta estación, ¡oh, viejos franceses, naturalmente! Mi esposo, en cambio, llegó a la ciudad para otra cosa, pero nunca pudo ser un triunfador como los de mi sangre, aunque ya no quede ninguno. Él tiene esas cosas que los demás consideran defectos, por ejemplo, amar tanto su caballo como a mí.

Elaboró una risa menuda y cristalina como la de una niña. El defecto de su marido parecía una gloria totalmente más jocunda y celebrable que las virtudes de sus ascendientes franceses. Eso fue, al menos, lo que nos hizo sentir.

Por dejar satisfecha a la fondera, le dimos a su vez nuestras filiaciones pero ella, obviamente, empezaba a sentir la sugestión que irradiaba la mujercita e insistió en detalles. Enseguida le preguntó el apellido porque sus abuelos se habían instalado con ese negocio en el mismo momento de la estación. Tal vez se conocieron.

—Yo soy Santina Dumier, mi esposo es italiano meridional: Cagna, se pronuncia Caña ¿eh? —le recomendó con dulcísima picardía levantando un dedo que de tan grácil que era se borraba en la atmósfera cargada de desorden de la fonda.

La dueña no hizo memoria. No reconocía ninguno de los apellidos. Después aparecieron otros clientes y tuvo que dedicarse también a ellos en tanto nosotros tres, más íntimamente ligados por la tibieza de la comida y la amabilidad del vino, hablamos de las épocas y de los destinos progresando, además, en nuestro conocimiento de Santina Dumier y, al mismo tiempo, medrando en nuestro regosto de encontrar en la fonda un sitio íntimo y placentero. Cuando pagamos y nos levantamos, la fondera parecía estar dispuesta a seguir indagando a nuestra invitada, como si tuviera mucho más todavía que averiguar, pero ella no dio posibilidad alguna de alentar el avance. En esto de mostrarse escueta y reticente para desalentar la indiscreción de un curioso, parecía de repente largamente acostumbrada y experta. Nos fuimos.

Pero a nosotros nos contó, en algún momento, que vivieron mucho tiempo en las quintas de las afueras; que hicieron huertas, plantaron manzanos y criaron caballos. La enfermedad de su esposo se hizo muy difícil cuando murió San Mateo.

—No se trata del Apóstol —nos dijo—, San Mateo era su mejor caballo; ¡realmente un gran caballo! Sólo mejoró cuando fue a Tórbila, allí hace calor, es como si hubiera resucitado porque únicamente el calor podía devolverle las ganas de hacer siempre algo como estaba acostumbrado.

Quedó un momento callada para prenderse a alguna evocación o a un detalle que precisaba hacernos conocer. Su mirada había dejado de ser chispeante, era serena; después nos dijo que en Tórbila su esposo había comenzado a levantar una casa y esperaba tenerla lista para venir a buscarla.

Ricardo fue quien recordó más adelante, cuando quedamos solos, el nombre del pueblo a donde se había ido el marido de la anciana. Me preguntó si sabía en qué lugar quedaba. Le dije que tenía muy vaga idea, creía habérselo oído nombrar a mi abuelo. O tenía la sensación de que alguien me había hablado de él como de un pueblo en donde el progreso se ha detenido en una época remota, medieval tal vez. Espero no equivocarme —le dije—, pero es de esos lugares en que se sigue arando con manceras, se recogen manzanas armando una fiesta, se tallan santos para las iglesias. Existen también azafatas que atienden a las señoras, gremios de artesanos o al-



guna organización parecida. Un tipo de sociedad bien equilibrada, sin estrecheces para nadie.

—Todo eso me parece un sueño, quizás lo es en esta época —dijo Ricardo—, puede ser también que estés delirando.

No hablamos más de Tórbila hasta que una tarde pasamos por el Automóvil Club y, frente a un gran mapa, nos acordamos. Recorrimos con el dedo toda la región que queda al oeste, pero el nombre de Tórbila no figuraba. Para cerciorarnos buscamos más arriba, más abajo, hasta casi en sentido opuesto. No, no aparecía y esto volvía a dejarnos confusos e intranquilos. Le dijimos a Santina Dumier en un siguiente encuentro que no podíamos precisar en dónde quedaba Tórbila.

—Al oeste, hijos, al oeste —nos dijo—, a no muchas horas de viaje; si encuentro un mapa, mañana les voy a mostrar. Y nos dijo también que en Tórbila se vivía como en la Edad Media, que hasta la ropa de moda antiquísima era común que fuese usada allí sin que nadie se asombrara. Ah, y las señoras hacían por la mañana la manteca y la envolvían en hojas frescas y rizadas de repollo que depositaban cuidadosamente en la umbra de los sótanos. Ésa era justo su forma de guardar la manteca cuando mantenían aquella huerta con su esposo... y hacían tortas de limón, guardaban albahaca entre las sábanas y abrillantaban los gajos de naranja que aparecían con el tiempo deliciosamente escarchados como si el azúcar naciera del corazón mismo de la fruta.

Cuando Ricardo le habló de algunas piedras medievales talladas que había visto en Huelva, Santina Dumier nos contó que su esposo en Tórbila, después del trabajo, tallaba madera de manzano con figuras inspiradas en una antañosa Biblia Pauperum que ella misma le había puesto entre las manos el día en que partió. Pero no había hecho demasiadas cosas; le costaba un poco, con su vista ya gastada, trabajar a la luz de las lámparas de aceite cuando venía la noche.

Primero debió hacer algunos esfuerzos para montar su taller, tuvo que trabajar antes, de sol a sol, para preparar nuestra casa; ahora que está por terminarla se ha puesto a embellecerla con tallas aunque tenga que exigirle un poco a sus ojos. Un día va a bajar del tren —cuando tenga todo listo— y me va a decir: ¡Santina Dumier,

vengo a buscarte; Tórbila está lista para que la adoptemos para siempre!

Cuando decía algunas frases como ésas parecía una novia, la más nueva de todas, y nosotros nos olvidábamos de que existía la noche tan incierta siempre; de que existía la estación de tren oeste con su libertad de perspectivas inalienables, el reloj y un muchacho con bluyins que a veces salía de las sombras y se perdía fantasmagóricamente por uno de los arcos del andén.

Nos prometió mostrarnos un mapa en donde figuraba Tórbila, es cierto, pero, como en dos encuentros más ella no hizo mención alguna a la aldea detenida en el tiempo, se nos ocurrió pensar que Santina Dumier nos iba prolongando en una mentira. Nosotros no habíamos podido conseguir noticias de Tórbila por ninguna otra parte, salvo esa idea infusa que yo ya había expresado. Ella nos agradecía el licor de menta o un chartreuse familiar y amable que siempre aceptaba con distinguida neutralidad; nos daba una mano invariablemente fría como las de todos los ancianos, y se separaba de nosotros al final de la avenida las veces que consentía en que la lleváramos en auto. Pero una noche trajo el mapa, lo desplegó sobre la mesa gastada de la fonda y comenzó a buscar con sus ojos miopes sobre el papel que nos mostraba. Hasta la dueña obesa se entrometió a limpiar con un trapo para mirar qué novedad podía estar ofreciéndonos Santina Dumier.

—Éste es el camino a Tórbila, hijos, en donde mi esposo y yo volveremos a los manzanos, a las aves de corral y a lustrar las tallas de madera con aceite de nuez...

Recorría entonces con la uña un camino que salía hacia el oeste de la ciudad y se prolongaba casi sin sinuosidades hasta un punto en donde detuvo su dedo. Eso, ahí en el mapa parecía bastante lejos, es cierto, pero existía y, con letra muy pequeña que apenas podía leerse, estaba escrito Tórbila. Ricardo y yo, sin comunicarnos nada, hicimos la misma comprobación. Queríamos saber qué trampa nos estaba haciendo; sin embargo la letra estaba impresa como los otros datos: no se notaba engaño alguno.

Eso fue la noche del 20 de junio. El 21, el 22, el 23 y el 24 no fuimos a la estación Oeste. El 25 la vimos por última vez debajo del Gran Jano; no nos miró a la cara, no reparó en nosotros, no se



acordó tal vez de que nos conocía. Parecía enferma, mucho más ajada, llena de ansiedad, pero al mismo tiempo esa mujer no era desdichada, por el contrario, la sentíamos feliz.

Cuando abandonamos el andén vacío, otra vez el muchacho cruzó las vías con su caballo y lo guardó en el galpón más cercano al depósito de agua. Alguien susurró un nombre en las sombras, ¿era el amor?, pero no supimos de dónde venía, ni nos interesó.

.....

El viernes 29 de junio Ricardo vino a casa con la hoja de la sección Sociales del diario de la tarde. Me la mostró; había varias noticias, como es obvio, pero nos ocupó sólo esta:

*Cambio de domicilio:* Santina Dumier de Cagna notifica a sus amistades que ha radicado su domicilio definitivo en Tórbila. Agradece por este medio las atenciones de que fue objeto en esta ciudad mientras estuvo ausente su esposo con quien se ha reunido ahora.

Como me di cuenta de lo que Ricardo pretendía que yo leyera, no seguí más y le devolví la hoja. Por otro lado, ni un solo renglón más de la mezquina crónica periodística, podía agregar algún detalle al verdadero final de esta historia. Más tarde, a la hora habitual regresamos a la estación Oeste. Debajo del gran reloj había una mujer anciana que esperaba. Pero no era Santina Dumier.

---

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 23 DE DICIEMBRE DE 1983  
EN LA IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL  
SANTA FE - REPUBLICA ARGENTINA



Lermo Rafael Balbi se ha dedicado por largo tiempo —tal vez desde que aprendió a hablar, según su decir— a la poesía que venera como fin último de toda su obra literaria. Pero, como complemento y aún vehículo de esa poesía, no ha desdeñado otros géneros como la novela, el teatro y el cuento en los que tiene ya muchos títulos, casi todos rigurosamente inéditos. En el último de los mencionados géneros sólo ha podido publicar un libro breve “Los días siguientes”, en 1970, amén de las muestras sueltas en páginas literarias y ediciones colectivas. En cambio, agrupan poemas de distintas épocas “El hombre transparente” (1966); “La tierra viva” (1972) y “Arauz muerto y celeste” (1979), libros que han recibido diferentes premios literarios. En los últimos años fue premiada también una de sus novelas inéditas “Los nombres de la tierra”, primera de una trilogía dedicada a la colonización piamontesa en el centro del territorio santafesino.